

UN HOMBRE DE ACCIÓN SUSTENTADO POR
EL ESPÍRITU.
EVOCACIÓN DE JOSÉ MARÍA JAVIERRE

Por ROGELIO REYES CANO

Al igual que otras instituciones académicas, esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras tiene por costumbre honrar la memoria de sus miembros de número con una sesión pública de homenaje a quienes compartieron con nosotros un mismo ideal por el cultivo del saber y el patrimonio cultural de Sevilla. Pero hay ocasiones en las que el afecto personal desborda la exigencia protocolaria y tiñe de emoción un acto como el de hoy. Eso es justamente lo que a mí me sucede con la figura de José María Javierre, cuya rica personalidad, tan distintiva, se superpone en mi conciencia a cualquier otra consideración profesional o académica. Es así, como al amigo que perdimos, como me gustaría evocarlo en estos momentos, realizando no tanto sus grandes méritos de hombre de Iglesia, periodista, hagiógrafo o comunicador cuanto su rica humanidad y su temple de espíritu, patentes en el lance más serio de cuantos le tocó vivir: su larga enfermedad, sin duda la prueba más dura a la que su fe de creyente hubo de enfrentarse. Y tengo la convicción de que supo hacerlo no sólo con dignidad y esperanza sino con algo que resulta todavía más difícil: con sentido del humor, la más alta expresión de la alegría cristiana. No hay nada en mis recuerdos de José María que supere en admiración a esa muestra de fortaleza que supo darnos a lo largo de tantos años. Una fuerza interior que desplegaba con naturalidad en medio de todos los vaivenes del vivir diario y que disimulaba elegantemente con su humor más lúcido.

Como una y otra vez, cuando se le preguntaba por su estado de salud, él, sin perder nunca su permanente sonrisa de gran irónico,

contestaba con una alusión a su próximo final, yo solía recriminarle, también con irónica reconvencción, que no presumiera tanto de su cercana muerte, que su larga vida estaba asegurada porque él era de los que tenían una mala salud de hierro, y que el oírle hablar tanto de la muerte me traía a la memoria una divertida expresión de otro aragonés de pro también desaparecido, el profesor José Manuel Blecua, maestro de la filología española, gran editor y estudioso de Quevedo, quien sostenía con mucha gracia que el genial autor del *Buscón* y de los sonetos morales era un sujeto con auténtica “vocación de cadáver”, puesto que su vista desengañada, por más que fuese un gran artífice del humor negro, jamás perdía la ocasión de subrayar la presencia de las postrimerías (“Y no hallé cosa en que poner los ojos/ que no fuese recuerdo de la muerte”). Con esa natural tendencia de las personas mayores a repetirse, Blecua me contó esta anécdota muchas veces, siempre con la misma fruición que la primera, cuando ya en los últimos años de su vida yo lo visitaba en su casa o en su despacho de la Universidad de Barcelona: “No lo dude, Rogelio, Quevedo tenía vocación de cadáver”. Después de tantos años fijando los textos del gran escritor, don José Manuel lo trataba ya como de la familia permitiéndose estas graciosas libertades con su persona. Y se regocijaba como un niño ante ese hallazgo de ingenio -“vocación de cadáver”- que podía haber firmado el mismísimo don Francisco. Cuando yo se la contaba, esta ingeniosa *boutade* de su paisano Blecua hacía reír a José María, que al tiempo negaba, y con toda razón, cualquier parecido en ese terreno con el gran escritor del Barroco.

En efecto, Quevedo era un moralista de formación tridentina y rigor extremado que miraba las cosas del mundo desde un apriorismo teológico (lo que algunos autores del XVII llamaban metafóricamente la “atalaya de la vida humana”) y en cambio José María Javierre un vitalista de espíritu abierto, comprensivo con las debilidades humanas, que tenía muy bien asimilado que el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado, pero que sólo una visión trascendente de lo cotidiano podía dar sentido a este complejísimo *maremágnum* que es el vivir. Abierto a todos y amigo de todos, tolerante con sus antagonistas ideológicos y religiosos, podrían aplicársele por analogía aquellas conocidas palabras de Bergamín: “yo con los marxistas hasta la muerte, pero ni un paso más”. La trascendencia cristiana. Ahí estaba la clave de sus frecuentes alusiones al hecho de la muerte, que

en él aparecía desprovista de cualquier ribete fúnebre o naturalista para centrarse en el misterio de la eternidad, que le apasionaba en su insondable naturaleza, tan diferente en su concepto a la del tiempo vital. Nos habló varias veces de este tema en las homilías de las misas por nuestros académicos difuntos, y detrás de su soltura de palabra, exponente verbal de su agilidad expresiva de periodista de raza, se intuía un ardiente deseo de comprender, desde la diacronía inherente al vivir humano, esa suerte de presente eterno con que nos figuramos la plenitud futura. Recuerdo con agrado aquellas sencillas eucaristías que él oficiaba para muy pocas personas en la intimidad del despacho de nuestro Director o en este mismo salón de actos que nos congrega hoy en su nombre. Y es así como me gustaría retenerlo siempre en mi memoria, sencillo y espontáneo, natural y directo, hablándonos con palabras que parecían brotarle de su fondo de verdad de hombre.

Unas veces en los prolegómenos de la ceremonia y otras tras la lectura del evangelio, José María nos hablaba desde una cálida cercanía, sin solemnidad alguna, en un tono cómplice y coloquial que traslucía sus propias perplejidades ante el misterio de la eternidad. Era un gozo y un estímulo para el espíritu oír no al brillante orador homelético, que también podía serlo cuando el caso lo requería, sino al intelectual acuciado por los mismos interrogantes de cuantos estábamos allí junto a él oyendo las confidencias de un amigo que, como todo auténtico hombre de fe, era un impenitente buscador de Dios. “Siempre buscando a Dios entre la niebla”, proclamaba en verso Antonio Machado desnudando su alma de hombre bueno que aspiraba, como dice en su autorretrato, a “hablar a Dios un día”.

Y José María, apoyado en el borde de la mesa que hacía las veces de improvisado altar, traslucía con desenfadada palabra su pasión por iluminar e iluminarse a la vez a sí mismo el misterio de lo trascendente, ese mundo inefable que sobrepasa el poder de nuestras mentes y a cuyos umbrales- decía él- sólo pueden aproximarse los místicos y los poetas: el vuelo de San Juan de la Cruz, a quien José María, un gran hagiógrafo de nuestro tiempo, había dedicado un hermoso libro que yo he releído varias veces porque con su agilidad periodística fue capaz de traernos al presente al gran santo y poeta como si estuviésemos hablando con él, de modo parecido a lo que hizo el maestro *Azorín* con sus “clásicos redivivos”. El vuelo de Santa Teresa, contemplativa y a la vez andariega y bullidora como el propio

José María. El vuelo de Ángela Guerrero, a cuya subida a los altares él contribuyó con un esfuerzo y un tesón que Sevilla no podrá jamás pagarle. El del cardenal Spinola, el de la madre Dolores Márquez... y tantos otros vuelos de místicos y santos enlazados todos por una nota común: su capacidad para fundir acción y contemplación, oración y vitalismo, espiritualismo y sentido de la realidad.

No me parece casual que en sus muchas vidas de santos haya apostado siempre por ese tipo de santidad que aunaba con naturalidad el *ora* y el *labora* del antiguo monacato, porque de esa misma forma integradora entendió él siempre su compromiso cristiano. José María era un hombre de acción sustentado por el espíritu, andariego impenitente, alegre y bullidor, agudísimo de mente y de reflejos, buen componedor de voluntades discordantes y en ocasiones irónico y hasta acerado de palabra con la sutileza de una daga florentina. Tengo, sin embargo, la convicción moral de que si en algún momento pudo parecernos extremado o duro en sus juicios, su honda vida interior y su ejercitación meditativa suavizarían en su fuero interno tales extremos. La misión que le fue encomendada por la Iglesia en aquella Sevilla de la transición política no debió de resultarle nada fácil, y si supo remar con inteligencia en tan procelosos mares fue porque a su natural activismo aunaba esa dimensión contemplativa que no puede faltar en el verdadero creyente, la dimensión oracional del auténtico seguidor de Cristo. La tan citada definición del gran teólogo Karl Rahner sobre la condición mística del cristiano de nuestro tiempo se hizo en él compatible con un temperamento bullidor, siempre azacaneado por los negocios temporales requeridos por la práctica pastoral, en los que brillaban con resolutivo pragmatismo su aguda inteligencia y sus grandes dotes diplomáticas.

Es mucho lo que Sevilla debe a este cura aragonés que un buen día se dejó caer por aquí casi por casualidad y aquí quiso quedarse para siempre, en esta hermosa ciudad vidriosa y aristada a la que él supo lidiar con mucho amor y mucha mano izquierda, la mano de las grandes faenas taurinas. Yo no lo traté en aquellos tiempos recios de la transición. Pero me precio de haber sido su amigo desde mi entrada en esta Real Academia a principios de los noventa y tuve muchas ocasiones de comprobar su viva inteligencia, su finura de análisis y su corazón generoso. No olvidaré nunca esa agudeza mental que se hacía patente en el comentario burlón con que despachaba hábilmente

los asuntos más vidriosos, ni esa bondad de espíritu que estaba en el fondo de una singularísima personalidad difícilmente repetible. Tan irrepetible que, más allá de sus grandes méritos periodísticos y publicísticos y de sus grandes servicios a la Iglesia, el “cura Javierre”, como cariñosamente le conocíamos todos en Sevilla, ha entrado ya en la nómina de los grandes personajes populares de esta ciudad, ésos que Sevilla ha hecho suyos sin forzamiento alguno y que la tradición oral se encargará de perpetuar en el tiempo. Pocas ciudades tan certeras como ésta para discernir sutilmente quién es quién en el discurrir de cada día y quién de verdad merece su predilección y su recuerdo. José María Javierre se cuenta por sus méritos entre esos pocos elegidos, convertido en un sevillano de adopción incorporado para siempre a nuestra memoria colectiva.

Desde su larga y sostenida enfermedad, con la que convivió día a día durante mucho tiempo, José María, sin perder nunca su sonrisa, aguardaba con elegancia a la muerte, la estuvo esperando durante años y se fue acostumbrando a su cercanía sin dramatismos, con su capacidad de distanciamiento y su sentido del humor intactos. Es muy posible que la temiera, como la tememos todos, pero tuvo tiempo para interiorizarla y familiarizarse con su idea hasta convertirla en un tema familiar y cotidiano del que hablaba cálidamente con sus amigos.

En el libro *Guerra en España* Juan Ramón Jiménez, hablando de Antonio Machado, declaraba no haber conocido a otro que como él “ haya salvado, viviendo muriendo, la distancia de las dos únicas existencias conocidas, paradójicamente opuestas ; tan unidas aunque los otros hombres nos empeñemos en separarlas, oponerlas y pelearlas”. También José María Javierre entendió muy bien esa paradójica convivencia de los dos puntos aparentemente más distantes de la vida humana y supo compaginar el goce de cada día con la sosegada aceptación moral y psicológica de su fugacidad. Tal vez sea ésta la más alta prueba de madurez de un ser humano. Yo me descubro ahora ante la inteligente serenidad y la valentía con los que fue capaz de afrontar semejante reto, neutralizando con su activismo de hombre de fe el riesgo del abatimiento moral. Ahora, ya en la plenitud eterna del Padre, liberado de las ataduras del tiempo, se le habrá desvelado por fin aquel enigma de la trascendencia que tanto le acuciaba.